

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES



## LA SOCIAL EN LA CALLE

De regreso á su hogar revolucionario de Ginebra, después de un breve pero bien aprovechado viaje de estudio por nuestra tierra, decía Bakounine que así como Alemania había hecho la revolución religiosa y Francia la revolución política, á España correspondía hacer, en plazo más ó menos breve, la revolución social.

Y en efecto, su profecía, uno de cuyos enunciados solamente es la afirmación anterior, principia á cumplirse punto por punto. La guerra económica comienza á arder en los cuatro puntos cardinales de la Península. No se litiga en Sevilla y en Gijón, á pedradas y á tiros, el derecho que tienen los ultra-católicos á organizarse en mancomunados ni en cerrar airadamente sus fábricas, condenando con ello al hambre á legiones de obreros, sino el derecho á la vida. Las manifestaciones anti-religiosas de Zaragoza y Gijón son, en nuestro sentir, uno de los aspectos, y no de los más agudos seguramente, del problema social.

La cuestión religiosa es una derivación y como un complemento de la cuestión económica. Cristo y sus discípulos tienen poco que ver en estas contiendas. No se discuten los Evangelios, sino los Códigos de la propiedad. Se le paga á Dios una contribución de silencio y se le exige al César lo que es del pueblo.

Amenazan en estos días con el paro general importantes colectividades obreras. Ese podría ser el principio del fin, porque ¿quién ha soñado nunca con ponerle puertas al campo ó diques al Océano? Los gobiernos, en cambio, estos hediondos gobiernos de la plutocracia económica al uso, no hallan otros remedios al mal sino el de insistir en sus errores; empleando como medidas de represión las balas del fusil Maüser—argumentos de asesino!—ó las sentencias contra los obreros de la Coruña—monumentos de iniquidad!

Olvidan esos pobres hombres que la represalia, siendo ante todo un derecho, puede llegar á convertirse en un deber, y que si contra el Maüser puede emplearse la dinamita, contra las iniquidades jurídicas de Montjuich y la Coruña también pueden emplearse las guillotinas del 93 y las hoces de la *Mano Negra*.

## LOS CARLISTAS

Dícese que se agita de nuevo el partido de don Carlos y se apresta á la lucha. Lo dudamos. Si es cierto, no nos infunde la menor alarma. Pasaron los días en que era temible. Lo fué tras la pérdida de nuestras colonias; no lo es hoy que las hemos casi olvidado. Podrá hacer un levantamiento, no promover otra guerra.

Aun cuando pudiera, no sabríamos oír con calma que se tomase ese anuncio y ese temor como suficiente motivo para no resolver la cuestión religiosa. En el período álgido de la guerra que estalló á la muerte de Fernando VII se mató frailes, se incendió conventos, se suprimió las comunidades, se vendió los bienes que poseían, se abolió el diezmo y se puso la Iglesia á los pies del Estado. Vencimos con todo: no pudieron jamás apoderarse los carlistas de una de las capitales del reino.

Sucedió otro tanto en su última guerra. Ni en las provincias vascas, casi todas suyas, pudieron nunca, por más que lo intentaron, tomar ni la ciudad de Vitoria, ni la de San Sebastián, ni la de Bilbao, ni la de Pamplona. Hicieron suyo el campo, no las ciudades. No pudieron hacer nada en Andalucía, ni aun después de la expedición de Gómez. Tiene la libertad su asiento en las ciudades, y las ciudades mandan.

Es hasta bochornoso que se diga hoy que por miedo á los carlistas no cabe restablecer la obra de Mendizábal. Equivale á decir que los carlistas son árbitros de nuestra política y nuestros destinos aun cuando dejan por sus hogares los campos de batalla.

Ira da oír de labios de Sagasta que Waldeck Rouseaux no habría podido hacer en España lo que ha hecho en Francia. Hicimos nosotros mucho más el año 1835; hizo mucho más el año 68 el mismo Sagasta.

¿A qué viene ahora ese temor ridículo? ¿Es mayor el fanatismo de ahora que el de entonces? Ese temor lo aparentan nuestros ministros por disimular su baja. Codician el Poder, saben que no pueden conservarlo ni adquirirlo sino mostrán-

dose sumisos á la voz del Papa, y contra sus convicciones doblan ante el Papa la cabeza y la rodilla. Al mezquino interés de mandar sacrifican la conciencia y el decoro de su patria.

Sujetos están por la tiara y la corona. Por esto no pueden marchar ni atreverse á dar un paso sin que tropiecen. Han de oír en todo al Nuncio, y le enojan cuando no le consultan aun sobre decretos tan inocentes como el del ministro de la Gobernación sobre las asociaciones religiosas. Tan bajos son y tal temor afectan, que no osarían ni siquiera reproducir la pragmática del piadoso rey Carlos III contra los jesuitas.

## Telegramas de DON QUIJOTE

Sevilla 15.

Sigue la lenta pero continua pacificación de los espíritus. Esta población ha sido declarada en estado de guerra. Las tahonas son asaltadas. Se han intentado quemar varios conventos (¡oh gozo!). Se repiten los «encuentros» entre los amotinados y las tropas. Hay muchos heridos. Hay algún muerto. Las cárceles están llenas de huelguistas.

¡Oh, el orden! ¡Oh, la paz de los espíritus! ¡Oh, Sagasta! ¡Oh, González!

Oviedo 15.

A la hora anunciada salió el jubileo de la catedral. La comitiva estaba formada por varias distinguidas beatas, muchos curas, jóvenes y viejos, gran número de seminaristas (¡ay!) y multitud de apreciables neos armados de garrotes.

De pronto, se oyó un «¡Viva D. Carlos!», que fué contestado con los gritos de «¡Viva la libertad!» «¡Mueran los carlistas!»

De repente comenzaron á llover pedradas sobre los procesionistas. Estos intentaron defenderse. Se oyeron algunos tiros. El espectáculo era verdaderamente conmovedor.

El jubileo regresó á la catedral entre las protestas y las rechiflas del público.

Yo, aprovechándome de la confusión, me permití ciertas libertades con una Hija de Maria. Esta, toda ruborosa, se agarró á mi brazo, y... Continuaré telegrafando.

Oviedo 15.

En la calle de Santo Domingo ha habido un encuentro entre los estudiantes y los seminaristas. Se ha cantado la *Marseillesa*. Los clericales han gritado: «¡Viva la Virgen!» «¡Viva la Pepa!» Ha seguido la lluvia de piedras. Los sencillos seminaristas, armados de cuchillos y revólvers, se han defendido valientemente. Después han huido. Ahora la calma es completa: ¡Me voy á gozar de la vida con la Hija de Maria que me ha tocado en suerte!

¡Olé, las mujeres!

Vigo 15.

Solución pleito traineros y jeiteros no ha satisfecho á nadie. Duque de Veragua calificado duramente. Pescadores, indignados, proferen frases ofensivas para la iglesia.

Se reproducirá conflicto.

... 15.

Celebrábase mitin protestar impuesto de consumos. Ánimos excitadísimos.

### COMENTARIO

«¡Oh, qué gran país!

¡Oh, qué gran nación!

¡Oh, qué magnífica civilización!»

## Á POLAVIEJA APÓSTROFE

«¿Quién eres tú, lacayo advenedizo; larva que en una noche de tormenta engendraron los monstruos de la sombra en el fondo espectral de las cavernas; ¿quién eres tú, *pierrrot* de la política represiva, brutal, ruin y castrera, en cuyo vil sainete se destaca tu enclenque figurilla bufonesca; ¿quién eres tú para humillar á un pueblo de alientos de titán y áurea leyenda? ¿Quién eres tú para enfrenar altivo al fogoso corcel, que suda y tiembla iracundo, al sentir, sobre sus lomos

el peso del jinete que le enfrenta?

«¿Quién eres tú para eso? ¿Qué laureles

abrillantan tu historia? ¿Qué epopeya

en tu honor escribió la fama augusta?

«Vibra bajo tu frente la soberbia

y poderosa luz del genio? El alma,

¿al bien y al ideal traes abierta?

«Arde en tu corazón la viva lumbre

del santo patriotismo? Tu conciencia

¿no muere el torcedor remordimiento

de crímenes pasados? En la negra

noche ante ti, ¿no miras levantarse

espectros, que con horrible y siniestra

expresión te maldicen? En tus manos,

¿dime, ¿no hubo jamás manchas sangrientas?

«Tienes, acaso voluntad de hierro?

«¿Qué es lo que dices? ¿Qué es lo que contestas

á mis preguntas? ¿Que eres apto para

ser dictador? Pues mientes, Polavieja,

Para ser dictador se necesita

ser grande en algo, en algo ser atleta,

ya que no en todo. Ser Rosas, Narváez,

González Brabo, ¿Cánovas siquiera?

Poseer alguna cualidad que al pueblo

se imponga: la virtud, la inteligencia,

la abnegación, la gloria de un pasado

sin mancha, el valor... Tú eres la eterna

negación de todo eso. A las alturas

radiantes donde el águila se eleva,

sólo el águila asciende. En cambio el suelo

las alas del murciélago rastrea.

El bosque do el león fija su planta,

seguro está de la cobarde hiena.

—

Acaricias un sueño, un imposible.

Tu nefanda labor bien lo demuestra.

Como hijo de los monstruos de la sombra

y engendrado una noche de tormenta,

bajo un cielo de luto riguroso

en el fondo espectral de las cavernas,

no puedes al influjo sustraerte,

poderoso y fatal, que las tinieblas

ejercen sobre ti, y en su hondo seno

proseguirás por siempre tu obra tétrica.

De la techumbre azul el manto augusto

se extiende, cobijando entre su espléndida

avalancha de luz á los radiantes

hijos del sol, que brillan y aletean

saludando con himnos de alegría

á la madre inmortal Naturaleza,

alma de Dios, mientras el topó inmundado

se agita en las entrañas de la tierra.

De allí salir no puede. Es su destino,

que á obscuridad de tumba le condena.

—

Escucha, general; tú, aprovechando

la postración, el lapso de tristeza

trágica que á los pueblos acomete

después de las catástrofes horribles,

escalaste el poder á favor de una

red que ayudó á tejer la *araña negra*.

Publicaste un programa prometiendo

la regeneración, y la sorpresa

fué universal: ¡Regenerar á España

tú, que venías con las manos llenas

de sangre de tus víctimas! Rendiste

culto á la hipocresía trufanesca,

tan proverbial en ti, también hablando

con ardiente calor de la defensa

de la moral y de otras muchas cosas,

á la nación propicias, que no esperas

cumplir jamás. En el poder has sido

un tiranuelo ruin, ingerto en déspota;

mas sin genio, sin fibra, sin arranques,

pues no tuviste ni el valor siquiera

de ser perverso francamente. El lobo,

si muere, es á traición; y huye á la selva

después de haber mordido. No lo dudes:

has despertado el odio hasta en las piedras.

¡General, te aborrecen! Bien lo sabes.

Por eso tienes miedo y te reservas.

¡Y hay quien te llama el *general cristiano*!

«Cristiano tú, que la venganza extremas!

«Cristiano el que persigue á los cadáveres

con su rencor? ¡Aquel que tergiversa

las leyes y es verdugo en vez de hermano!

«El que fusila á turbas indefensas,

y engañando á su patria inicuamente,

con cínico placer la vilipendia?

«Mentira! ¡Eso es mentira! Arroja al punto

el cementerio que tu pecho ostenta,

esas cruces ganadas por favores;

en la panoplia fulgurante cueiga,

por ser objeto inútil en tu cinto,

la innoble espada, virgen de proezas;

y pues la eterna maldición te aguarda,

del Dios inmenso y de la historia excelsa,

como eres un engendro de la sombra,

aguarda entre la sombra el anatema.

## LAS CASAS DE DIOS

Todas las mañanas, en todas las iglesias de estos países católicos, una multitud de padres repite, desde tiempos remotos, ciertas palabras en una lengua muerta, entrecortadas por gestos simbólicos de cruz.

Ante esos hombres muertos que odian la Vida, castrados que desprecian el Amor, nuestras madres y nuestras prometidas se postran, lastimando sus rodillas, en una piedad estéril, por el marfiro de un Cristo que ellos monopolizan. Clavado en la cruz y en contorsión grotesca de escultura de músculos falsos, el Judío revolucionario asiste á las oraciones de un público que se arródlala á tiempo—como los figurantes en el teatro—y que tiene arranques de contrición regulados mecánicamente por los toques de una campanilla.

Y todo esto—desde la gerigonza del padre leida en el misal, hasta las curvas de las bóvedas previstas por las reglas de la arquitectura—tiene el aire de una cosa sin espontaneidad... sin sentimiento, como un código de etiqueta introducido en nuestras relaciones con el Creador.

Ahora, en nuestro tiempo, la Vida se ensancha. La aspiración, mayor que en las épocas pasadas, reclama más que esa esperanza (imposible para algunos, dudosos para todos) de una compensación posterior á la muerte; además, las rodillas de nuestras prometidas no se hicieron para magullarse en el enlosado de las iglesias, ni sus sacras caderas para abarquillarse con arrugas de esterilidad, contrayéndose á su destino.

Esos edificios que en la ciudad son frecuentados por hábito ó por esa razón que lleva á los ociosos á los lugares donde abunda la concurrencia, aumentando el número de ésta y sirviendo de atracción á otros, pudieran tener un fin útil con una mutación de repertorio. Basta ver la multitud que á ellos acude en día de fiesta. En los campos se cerrarían por falta de concurrencia en cuanto se convencieran los labradores de que los fosfatos son un abono mucho mejor que las bendiciones.

Y de esas iglesias que por la noche cierran sus gruesas puertas de encina trabajada, se harían ventilados dormitorios para los infelices que no tienen donde dormir.

Tal vez así perdiesen su aspecto de cosa tan fuera de la Vida, tan convencional, tan falsa, que hasta el sol para entrar en ellas tiene, al atravesar por las vidrieras, que enmascararse de arlequín.

SILVIO REBELLO

## DON CARLOS EN EL PODER

Imposible leer estos días un periódico sin que salte á la vista, como un conjuro vergonzoso, esta frase: «La agitación carlista».

Imposible tampoco salir á la calle sin oír por todas partes la misma exclamación medrosa: «¿Qué hay de la agitación carlista?»

«Dios mío, cosa más sencilla! Pero si tenemos á los carlistas en el poder; si los carlistas están en su casa!

Insertaban hace pocos días los ya muy contados periódicos genuinamente democráticos que se publican en España, una carta-circular recomendando la suscripción á un periódico vergonzantemente carlista que ve la luz pública en Madrid, y al lado de las firmas del marqués de Cerralbo, de Pidal, del Sr. Barrio y Mier, del marqués de Comillas y de otros caracterizados simpatizadores ó secuaces del pretendiente, figuraba, con gárrula procacidad, la de buen golpe de personajes de la situación. ¿Puede llevarse el cinismo político á confines más lejanos?

Si los carlistas están en el poder. «El mono verde», como en lenguaje poco respetuoso suelen llamar al Sr. Sagasta gran número de sus seides, no se rasca la barba sólo por temperamento, sino por irritabilidades nerviosas que le provoca la nostalgia de otros tiempos. ¡Ah, si él pudiera re-



# DON QUIJOTE

Huelgas en Andalucía, en Cataluña, en Aragón, en todas partes... ¡Ya sólo falta que me declare yo en huelga!



¡Oh, que filtro envenenado me dais en este papel!...

¡Y luego habrá quien niegue el movimiento carlista!

¡O los suprimes ó los suprimo! ¡Abajo los Consumos!

La primer corrida parlamentaria.

Ver agua.—Yo no me explico la razón del pleito entre traineros y jeiteros.—¡Señor, porque unos y otros no pescan con caña!

Sagasta.—¿Se puede pasar?

Urzáiz.—Perdone usted, señor presidente, estoy escribiendo los presupuestos.

Sagasta.—Es qué yo venía á ayudarle á usted en la tarea.

Los brindis de Romero.

—¡Por la República!

—¡Por la Monarquía!

Ayuntamiento de Madrid



trotraer la Historia á la época de Felipe IV ó Carlos II!

Tal otro prócer, aparentemente liberal, no es sino un ridículo ergotista de Alcalá ó Salamanca, más diestro en escolástica que en ciencias vivas y más docto en insubstanciales latinajos que en los fuertes preceptos de acción, que son como la medula moral de los hombres modernos.

¡La agitación carlista! ¿Es que no ha llegado á enseñorearse del ministerio, del tribunal, de la cátedra? ¿Ó es que hay necesidad de ver estampado el nombre de D. Carlos de Borbón—no el príncipe consorte, sino el otro—al pie de los reales decretos que publica la *Gaceta*, para negar que D. Carlos no sea virtualmente el verdadero rey de España?

## Lo que pagamos los españoles

Por ser cristiano, el bautizo.  
Para entrar en la escuela municipal, la fe de bautismo.  
Por la segunda enseñanza, ¡la mar!  
Por una carrera, aun de las más cortas, lo incalculable.  
Para no coger el chopo, unas mil quinientas del ala.  
Para casarse.  
Por el permiso para construir su vivienda.  
Por la luz.  
Por tener perro.  
Por tener sueldo.  
Por viajar.  
Por trabajar, sea en la forma que quiera.  
Por no hacer nada si se vive de las rentas.  
Por vender.  
Por comprar.  
Por beber (alcoholes).  
Por fumar (tabaco).  
Por la sal.  
Por heredar.  
Por comer (consumos).  
Por... (diez reales en la vía pública).  
Se paga ¡hasta para morirse!

El que soporte esto no será hombre, sino ubre para que unos cuantos zánganos de políticos la mamen.

## ¡BADAJO!

«Estando doblando las campanas del santuario de la Aparecida en Ampíeres, desprendióse el badajo de una de aquéllas, y cayendo sobre un pobre labrador, le dejó muerto en el acto.»

La cosa es triste, y confieso que me llegó á impresionar; pero yo no he de dejar de comentarla por eso.

Resulta que á un labrador que vive de su trabajo, le cae encima un badajo, haciéndole un gran favor.

¿Y repicando por gusto, sin haber necesidad, se manda á la eternidad á un hombre sano y robusto?

¡Protesto de corazón! ¡está bien que un hombre muera de cualquier otra manera cumpliendo su obligación!

Como muere el albañil desde el andamio lanzado; ó como muere el soldado abrazándose al fusil.

¡Cómo el desgraciado obrero, siempre con el hambre en guerra, ó, cual debajo de tierra, muere el infeliz minero!

¡Pero es una atrocidad de las que no tienen nombre, que mate un badajo á un hombre cuando no hay necesidad!

¡Para qué necesitamos las campanas! ¡Que se explique! Lo que es con tanto repique yo no sé lo que ganamos.

Serán «cursis» pretensiones y chifladuras ancianas; pero de tantas campanas se deben hacer cañones.

Si la humanidad empieza con ahínco este trabajo, ¿á que no hay ningún badajo que nos rompa la cabeza?

## EXTRANJERISMO

Polonia ó Italia en lo pasado, el imperio otomano en nuestros días, son las únicas, de entre las naciones europeas, que pueden disputar á España la primacía en punto á ser ó haber sido juguete de conveniencias exóticas. Si desde este punto de vista se examina nuestra historia, asombra cómo ha podido nacer la leyenda de nuestra independencia bravía. Procede semejante error de nuestra heroica lucha contra Napoleón. Fué aquíella, en sus nueve décimas partes, más aún que nacional, guerra religiosa y política. Los españoles de 1808 pelearon por sus supersticiones más que por su independencia. La prueba es que cuando,

aun no transcurridos dos lustros desde la terminación de aquella lucha gigantesca, un rey traidor llama al extranjero para que le ayudase á dominar y oprimir á sus súbditos, los mismos guerrilleros que tan feroces se mostraran para sacudir el yugo napoleónico sirvieron de escolta á los cien mil angulemas que traían por misión restablecer el despotismo.

Y es que en España siempre se ha tenido por indígena á la reacción y por exótica á la libertad. Felipe II cierra la frontera á la reforma; pero la abre de par en par al ultramontanismo: desoye los clamores de sus Cortes para erigir en poder legislativo al Concilio de Trento. Nuestros mayores toman de Francia la chupa y la peluca, el espadín y la tabaquera; sólo rechazan la enciclopedia. Voltaire es para nosotros extranjero. Los que murieron por combatir á Pepe Botella eran nietos de los que habían derramado su sangre y la ajena por entronizar á Felipe V. Jamás los carlistas han sentido escrúpulo de utilizar para su causa los servicios pecuniarios y personales del legitimismo europeo. La propia decaída aristocracia, que tan ruda guerra hizo en la persona de Don Amadeo de Saboya, al que llamaba rey intruso, había tenido antes y ha tenido después con lo exótico ilimitadas complacencias. A bandadas trasponen hoy nuestras fronteras frailes y monjas extranjeros, encontrándose en nuestra tierra más indígenas que en la suya.

Si á examinar vamos el fondo de las cosas, ¿qué nos queda en realidad de esa supuesta independencia de que nos ufamamos tanto? Ideas, costumbres, inventos, utensilios, modas; todo nos viene de fuera. En manos extrañas están casi todas las empresas industriales y mercantiles. El capital extranjero nos explota; la influencia extranjera nos oprime. Los más de nuestros prohombres políticos son asalariados de compañías extranjeras. Al extranjero tenemos que acudir para contratar los empréstitos. Rothschild ha gobernado en España tanto como Cánovas. Satisfaciendo los intereses de la Deuda exterior en oro, pagamos al capital extranjero un verdadero tributo. Tenemos detenida nuestra soberanía por el Concordato. De Roma recibimos la orden del día. Una autoridad extranjera, el Padre Santo, es aquí arbitrio de la paz y de la guerra. El Vaticano nos prescribe lo que debemos creer y cómo obrar. Roma y París son, más bien que Madrid, las capitales de España. De nuestra decantada independencia sólo nos dejan los extraños la triste prerrogativa de ser gobernados por lo que hay de peorcito en nuestras clases directoras.

## ANÉCDOTAS POLITICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

Gamazo sorprende cazando en una de sus posesiones á un merodeador de caminos.  
—¡Fuera de aquí!—le grita D. Germán.—Esto es terreno vedado.

—Señor, tengo permiso verbal del guarda.  
—¡Mentira! ¿Permiso verbal? ¿Enseñémelo usted!

El marqués de Teverga en la librería de Fe:  
—¿Me hace usted el favor del *Código penal* con láminas?

Se habla de la virtud de los amuletos.  
—Yo tengo uno que me dejó mi padre—dice el conde de Tóreno—, con el cual todo me sale bien.  
—¿Y en qué consiste ese amuleto?  
—En 20.000 duros de renta.

—Hombre, estoy fastidiado—dice Capdepón á su amigo Egüillor.  
—¿Pues qué le pasa á usted?  
—¡Casi nada! Que todas las noches sueño que me clavo una espina en el pie.  
Egüillor reflexionando:  
—¡Pero criatura! ¿Por qué no duerme usted con los zapatos puestos?

Muñoz Rivera en un juicio oral:  
—Nada tan ejemplar, señores, como la pena de muerte. Todas las estadísticas demuestran que ningún ajusticiado por asesinato ha llegado á reincidir.

La primera vez que Veragua se bañó en el mar estuvo en grave peligro de ahogarse.  
Alarmado sobremanera, exclamó:  
—¡Ah! no volveré á entrar en el agua sin aprender antes á nadar.

Después del estreno de *La Maya*, dice una señora á Leopoldo Cano:  
—¡No sabe usted lo que he sufrido durante el primer acto!

—¿De veras, señora?—pregunta el poeta lleno de gozo.  
—¡Figúrese usted que se me había perdido un broche de brillantes!

## Vida monástica.

Levantábase el convento en las afueras del pueblecillo, en una rinconada del valle umbrío, tachonado de grandes manchas de verde-oscuro—grupos de árboles—que destacaban sobre el verde-claro de las huertas; dividido por una franja blanca, plateada,—el río, un río callado, limpio, que se deslizaba mansamente por entre juncos y álamos, tapizadas sus riberas de césped salpicado de violetas, sombreado en el verano

por grandes espesuras que en las horas de sol ardiente formaban sobre sus aguas muertas enrejados de luz y sombra.

Levantábase allí el convento, asomando sus paredes blancas por encima de las copas de los árboles, oculto en aquella enramada tranquila, sólo turbada por el jugueteo de los pájaros, por el sonido de la campana de la iglesia, vibrante, cristalin.

Respirábase en aquellos lugares tranquilidad, majestuosa calma de la vida dichosa, del deber cumplido; tranquilidad fuera, en aquel huerto extenso, de caminos enarenados, cubiertos de frondosas parras, en el otoño cargadas de racimos dorados; tranquilidad dentro, en los largos claustros, cuidadosamente limpios, inundados de luz que se colaba por los calados ventanales góticos, cubiertas las paredes por descomunales lienzos representando martirios, visiones beatíficas... un monje con las extremidades amarradas á la cola de fogosos corceles que partían en direcciones opuestas; frailes de rodillas, abierta la boca, cruzadas las manos ligeramente apartadas del cuerpo, levantada la cabeza al cielo—de donde baja un rayo de luz vivísima—, pintado en los ojos el goce extraterrenal, el pasmo de cosas nunca vistas.

Todo era silencio en aquellos corredores. De cuando en cuando ruido de paños que se mueven, de sayal agitado, el tintín metálico de las cruces y medallas de un rosario... un monje que venía presuroso, que pasaba diligentemente—de día—cortando los grandes cuadros de luz de las ventanas, bañándose á intervalos en el sol que entraba á torrentes; destacándose de la sombra si de noche—para ser iluminado un momento por la luz que pendía en un ángulo ante un Cristo y sumirse otra vez en la obscuridad. Apariciones rápidas de sombras que flotaban un instante y desaparecían luego por la puertecilla de una celda, por la gran puerta del coro, que, al ser abierta, dejaba escapar las notas del órgano, las vigorosas voces de un canto religioso, que en la soledad de la noche resonaban en todo el convento, por los claustros, por los patios, por las celdas.

Por las celdas donde los monjes hacían sus oraciones y trabajaban en estudios literarios, en investigaciones históricas, laborando pacientemente; por las celdas, reducidas piezas de paredes limpias, con algún cuadro de santos, con estantes de libros místicos: Malon de Cháide, San Juan de la Cruz, *La Josefina*, e Gracián—el confesor de Santa Teresa—, las graves obras del padre Vitoria, de sus discípulo Melchor Cano, el *Tratado del Amor de Dios*, de Fonseca; libros venerables, inspiradas páginas de espasmos de amor divino, de delirios y arrobamientos sobrehumanos; meditaciones majestuosas en que el espíritu se sume como en un mar de luz difusa, bienhechora, libre de las turbulencias mundanales, de las codicias y rencillas de los hombres...

Y así vivían aquellos religiosos, en perfecta calma de espíritu, ajustados á su regla áspera, llena de penitencias y martirios.

Porque penosa era la vida del convento. Penosa para los profanos, para los que sólo veían en ella los cilicios, los ayunos, las molestias de todo género con que se atormentaban los monjes; no para éstos que, fija la vista en en el cielo, abstraídos de la carne y del mundo, encontraban dulces todos los martirios, por crueles que fuesen.

Verdaderamente lo eran. Absteníanse durante días y más días de todo alimento que no fuese pan, comiendo otras veces manjares mezclados con ceniza; azotábanse ferozmente hasta que la sangre salpicaba las paredes; pasábanse noches enteras de rodillas en oración... hacían, en fin, mil penitencias diversas y asperisimas que daban á aquel convento olor de santidad por toda aquella contornada del valle umbrío.

Y vivían felices.

Hasta que—ocurrió esto en aquellos tiempos en que Miguel de Molinos iba por esos mundos sembrando la mala semilla—hasta que una duda—ocurrencia risible primero, preocupación seria después y más tarde duda terrible—fué ganando el cerebro del santo prior de aquellos siervos.

El caso era grave.

Habituados al sufrimiento, en su larga práctica del martirio, los buenos religiosos llegaron á encontrar agradables los dolores más atroces. El cilicio era para ellos una diversión, el ayuno un regocijo. Encontraban placer en el tormento, deleite en las penalidades; puesto que penalidades y tormentos los sufrían por amor de Dios, por servirle y honrarle más dignamente, por merecer más en justicia su reino. Si nada había más agradable á los ojos del Señor que la penitencia, ¿no era lógico que ellos, que por Él morían, encontraran agradable la penitencia?

Y la encontraban. Tanto como el hombre mundano goza en los brazos de una hermosa ó sentado á una mesa suntuosamente servida, gozaban aquellos devotos monjes ayunando ó maceándose las carnes.

Su vida era una continua orgía de dolor-placer; la fama de su libertinaje extendiase por la comarca como antes la de su santidad. El pueblo esta-

ba escandalizado; las viejas devotas murmuraban.

—¿Pero ha visto usted qué escándalo?

—¡Repáre usted que vergüenza!

Hablaban pestes de los frailes, del padre Zutano, del padre Mengano, antes tan santos, tan austeros, y al tropezarse en la iglesia solitaria, acabados los oficios, cuando el hermano sacristán agitaba las llaves en señal de despedida, se santiguaban llenas de santo horror.

—¡Bendito!

—¡Jesús!

Mientras tanto los religiosos, ganados de espanto, no sabían lo que hacer para salir de aquella situación excepcional. Porque reconocían lo motivado del escándalo. ¡Indudablemente—pensaban—á Dios no se puede servir con el placer, y placer intenso es el que ellos experimentaban martirizándose. ¿Qué hacer, Señor, para huir del goce terrenal que de manera tan impensada se había metido en el convento?

Entonces entró la duda, que más tarde se convirtió en doctrina categórica, terminante.

La idea nació del prior, profundo teólogo, definidor de la orden, varón de entendimiento claro y hablar elocuente.

«Si para nosotros—se dijo—el sufrimiento ha llegado á ser goce, ¡tanta es nuestra devoción y amor á Dios que hasta lo más cruel encontramos dulce!... Si para nosotros el tormento es placer, ¿no podría ocurrir, por el contrario, que el placer terrenal, por nosotros tan huido, nos ocasionase el más vivo dolor? ¿No es acaso para nosotros motivo de tormento, de las más terribles ansias, el desagradar á Dios sirviendo al mundo? ¿No podríamos encontrar la penitencia donde otros hallan el goce?»

Pensando de este modo fué afirmándose cada vez más en su idea; la lógica era concluyente, y ganoso de dar á conocer su remedio, la salvación por él hallada, reunió á la comunidad y con voz reposada fué exponiendo su proyecto.

La opinión fué unánime; todos, sin exceptuar uno solo, estuvieron acordes. Decidieron, pues, poner cuanto antes en práctica las doctrinas de prior, aquel varón sabio y hombre justo.

Y renació la tranquilidad en el convento, y tornaron las gentes á sentir profunda veneración hacia aquellos humildes siervos del Señor. Porque los monjes se martirizaban cruelísimamente saboreando ricos manjares, refocilándose con garrridas mozas, durmiendo en blandos colchones; penitencias todas que, al ser desagradables á Dios, les producían á ellos, sus más amante hijos y servidores, profundas heridas en el alma. Y, ¿acaso no era eso dolor, martirio?

Lector:

¿Crees que los buenos monjes continúan en el fondo de los valles tranquilos, de las apartadas calles de las ciudades, donde sus conventos se levantan? ¿Crees que los buenos monjes continúan practicando la teología del placer-dolor?

J. MARTÍNEZ RUIZ

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

—Mi pequeño idolo, ¿quieres darme una prueba de cariño? Pues cómprame una caja de gigantes en *La Calatrava*, *Alcalá*, 25.—*Lola*.

—¡No digáis que la forma poética está llamada á desaparecer. ¡Mientras A. Vallejo haga muebles, habrá poesía!—*Alcalá*, 17.

Completamente autorizados, podemos asegurar que no ha habido tales «rozamientos» entre los señores Sagasta y Moret. ¡Como que el presidente del Consejo, en prueba de amistad, ha regalado á D. Segis un reloj de la casa de G. Oña, *Fuencarral*, 23, *La Hora*!

—¿Qué habláis del néctar de los dioses? Para néctar, los vinos de la *Bodega del Jalón*, *Caballero de Gracia*, 56.

Ya lo dijo Nietzsche en su *Zaratrusta*: ¡Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, *Sevilla* 13!

Todo Madrid lo sabe: No hay guantes como los que hace G. Zurro, *Carretas*, 14. ¡Eso sí que es canela, y opoponax y gloria divina!

## CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETANA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, *Fuencarral*, 102 y *Preciados*, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A correspondientes y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.